

Comentario al trabajo de Daniel Gil



ADELA COSTAS ANTOLA¹

Agradezco a la Comisión Editora de la *Revista Uruguaya de Psicoanálisis* la posibilidad de intercambiar entre psicoanalistas mediante un diálogo que abre a la polémica. Más aún si es con un escrito de Daniel Gil, sobre un texto que hace años me interroga y en el que me ha sido muy grato encontrar una lectura afín.

Con la fascinación que produce lo semejante, trato de pensar en las diferencias que me apartarían de la perspectiva planteada por Daniel respecto de los temas abordados en su trabajo. Noto que no se trata de posiciones conceptuales distintas, sino de habernos detenido en lugares diferentes en el relato de Ovidio, en torno al cual hilvano mis comentarios.

Leo en el texto mítico dos posiciones subjetivas muy diferentes que permitirían pensar el interrogante planteado en el título del trabajo. La expresión «Tan dura soberbia había en aquella tierna belleza» da cuenta del primer momento signado por una posición de objeto: Narciso se ofrece a ser amado sin que el deseo hiciera aún mella en él. ¿Podríamos hablar del Narciso narcisista en este primer tiempo? El cambio de posición se produce al encontrarse con la imagen en la fuente. Mirándola se consume de deseo por otro, en quien identifica luego su yo. La dura soberbia se deshace en un amor no correspondido. Resulta clara la alusión a la falta, causa del movimiento deseante que se origina en Narciso. La ilusión de unidad queda cuestionada por siempre y el amor en tanto ilusión de

1 Miembro titular de la Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires. adelacostas@hotmail.com

completamiento devendrá un imposible. El sujeto habrá de transitar un largo camino constituyente antes de asumirse amante, carente.

La versión de Narciso en *Metamorfosis* encierra un saber poético acerca del enigma del juego libidinal referido a la imagen. El encuentro y reconocimiento del infans en su imagen asumida con tanto alborozo no es lo que sucede en el texto mencionado. Tal como destaca Daniel, el efebo se enamora de una imagen que es de otro, reflejo que la fuente materna devuelve.² Es el otro que lo inviste como objeto preciado, dando nacimiento al yo-placer purificado con la consecuente diferenciación yo - no-yo. Esta diferencia arbitraria, signada por el principio del placer, se plasma en la afirmación «todo lo bueno me pertenece, todo lo malo me es ajeno». El yo-placer podría pensarse en relación con la ilusión de completitud del Uno de Plotino aportada por Daniel en su escrito.

La sentencia de Tiresias insinúa algún saber al respecto: la muerte lo alcanzaría como consecuencia del conocer(se). ¿Por qué el conocer encierra amenaza de muerte? Uno de los significados del término *conocer* es ‘tener el hombre acto carnal con la mujer’. Dicho acto requiere el haber sido marcado por la falta que tanto sufrimiento produce en Narciso, como en todos los efebos, aun los contemporáneos.

Si seguimos esta línea de pensamiento, el final de la versión de Ovidio puede abrir una versión distinta de la clásica propuesta de que Narciso muere fusionado a su imagen. En el final de la versión del escritor romano, Narciso se tiende en la hierba y la muerte cierra sus ojos. Cuando van a cremarlo, el cuerpo no es hallado. En su lugar ha nacido un narciso. Esta sustitución signifiante, Narciso desaparece y en su lugar un narciso con minúscula, podría pensarse como el paso del Uno a la alteridad. El lugar del otro tan despreciado previamente por Narciso nace una vez que se aparta de la fuente materna y asume su posición carente.

Que el cuerpo pone trabas a la ilusión de unidad, según plantea Plotino, nos lleva a pensar la pérdida que también marca el cuerpo de los

2 Liríope, madre de Narciso, pertenece a las náyades, ninfas de las quietas aguas dulces que gozan de ser longevas. Tengamos presente que la pregunta que le formula a Tiresias es justamente si su hijo llegaría a vivir muchos años, como si pretendiera mantener al hijo bajo la égida materna.

otros dos personajes del mito, Tiresias y Eco, ambos castigados por la diosa Juno. A Tiresias la diosa enfurecida lo priva del goce de la mirada por revelar el secreto del goce femenino. A Eco la castiga impidiéndole la iniciativa de tomar la palabra. Ya no podrá entretener a Juno con el puro bla bla bla tendiente a evitar que Júpiter sea descubierto disfrutando de las ninfas, solo será eco de las palabras del otro. Según afirma Lacan, las pulsiones escópica e invocante son las más cercanas a la experiencia del inconsciente en cuanto posibilitan la articulación de la sexualidad con la dialéctica del deseo que remite al Otro.

El lamento de Narciso, «Quisiera que lo que amo distara», «La riqueza me ha hecho pobre», dice del sufrimiento que la completitud produce, al mismo tiempo que clama por que algo le sea sustraído. La ausencia posibilita el surgimiento de una bella flor. ♦